

## IRENE BALLESTER BUIGUES

*El cuerpo abierto. Representaciones extremas de la mujer en el arte contemporáneo*

Somonte, Ediciones Trea, S.L., 2012.

464 páginas.

La autora a través de la historia y de numerosas artistas como Anna Baumgart, Gina Pain, Marina Abramovic, Milica Tomic, Sigalit Landau, Orlan, Martha Amoroch, Leonor Fini, Frida Kahlo, Regina José Galindo, Ana Mendieta, Lorena Wolffer, entre otras muchas, quiere darnos a conocer, las desigualdades que tienen las mujeres respecto a un mundo falocéntrico y patriarcal. El arte contemporáneo sirve, para dichas artistas, de un medio para poder expresar su dolor por medio de su cuerpo, desde distintas disciplinas artísticas como la fotografía, pasando por la danza, la pintura, inclusive la *performance* y el *body art*.

Algunas de estas artistas se apoyan en la *performance*, en la que, por medio de ella, la mujer puede expresarse, abriéndose ante el público y espectador, mostrando sus entrañas más profundas, sus heridas y sus pensamientos. La *performance*, es un arte cuyo fin es el de provocar y denunciar las desigualdades, y sacar a la luz aquello que nadie se atreve a mostrar.

La mujer artista tiene necesidad de mostrar su dolor, su lamento, sus inquietudes, haciéndolo por medio de su cuerpo, o bien, a través de él. Su cuerpo es el lienzo donde pinta su sufrimiento, su angustia, su tormento. Se expresa a través de él de manera extrema, en su mayoría, para mostrar y para sacar sus propios monstruos internos que tanto le torturan, además de sus denuncias, demandas y necesidades. El cuerpo se convierte en herramienta artística al igual que el dolor. Su finalidad es, principalmente, una intencionalidad, para revisar tanto los conceptos o normas, como la jerarquía instaurada por el sexo masculino, como por la violencia ejercida y dominio sobre el cuerpo femenino por parte del hombre.

La mujer, desde tiempos ancestrales ha sido confinada a tener un papel de rol doméstico. Las artistas rompen ese rol resurgiendo a ese rol público confinado exclusivamente al hombre.

La autora de este libro, hace una retrospectiva del papel que ha tenido y tiene la mujer a lo largo del tiempo hasta la actualidad.

El cuerpo de la mujer se estigmatiza en víctimas y en sinónimo de violencia cuando se produce un conflicto bélico. Las artistas trasponen hechos reales fundiendo el dolor y la sangre con el miedo. Utilizan como herramienta de expresión la herida como única vía posible contra la violencia que habían padecido por el poder ejercido del hombre. Milica Tomic en *Yo soy Milika Tomic* nos muestra la vulnerabilidad del cuerpo de la mujer en la guerra al ser sometidas a prostituirse forzosamente, a sufrir todo tipo de abusos y de violaciones. La israelí Sigalit Landau en *Hula-hopp con púas*, nos mostraba a través de esas púas el conflicto bélico de su país entre palestinos e israelitas. Gina Pane en sus obras como *Acción Psyché* realiza acciones a través del estigma del cuerpo, de los efectos del dolor, del peligro y de la agresión como un medio para poder acceder al conocimiento. Marina Abramovic también utilizará la herida abierta para mostrar sus pensamientos por ejemplo en *Thomas Lips* o *Rhythm 10*.

Encontramos artistas que quieren volver a recuperar el legado perdido del papel de la Diosa Madre que ha sido arrebatado a la mujer desde tiempos ancestrales. La Diosa Madre ha sido representada como una mujer rodeada de paisajes oscuros y desolados por parte del sexo masculino, mientras que Frida Kalho, muestra el camino jalonado de odio, humillación y sufrimiento de la Diosa Madre, en cambio Leonor Fini, por ejemplo, rescata el símbolo del toro como propio de la mujer, el cual primeramente fue femenino, pues representaba el poder de la naturaleza femenina y de la luna, pero más tarde fue escogido como símbolo masculino y el cristianismo lo transformará en demonio como símbolo del mal. Monica Sjöö en *Dios dando a luz*, representa la mujer como Dios, el cual pare y es creador a semejanza de la mujer.

El conservadurismo de la iglesia ha llevado a la mujer a impedir su propia identificación como persona, y ésta siempre ha sido marcada por un pensamiento machista donde la mujer puede ser considerada o bien como virgen, si cumple sus preceptos, o por el contrario, en puta si te rebelas contra ellos. Ninguna religión es feminista pues no reconoce la libertad de la mujer y por tanto no puede ni liberarse ni emanciparse. Como contrapunto a la invisibilidad de la mujer en la religión, resurgieron grupos de artistas como The Woman's Workshop. Muchas mujeres artistas como Rocío Boliver hacen una crítica a esa religión opresora e inquisidora hacia la mujer donde, además, su sexualidad viene a ser regida tanto por ella como por el matrimonio, dictando lo que es bueno y malo en el sexo, poniendo limitaciones. El cuerpo de la mujer está sometido al hombre. Este desea a una mujer virgen antes de desposarla y, solo por puro placer masculino, la desvirgan, cosificando el cuerpo femenino. Muchas mujeres se ven presionadas, repudiadas y apartadas de la sociedad. Artistas como Regina José Galindo denuncia a través de su obra *Himenoplastia* ese acoso y explotación del cuerpo femenino donde critica el valor que se le da a la virginidad como símbolo de pureza y de honor.

El movimiento surrealista identificaba a la mujer como un simple objeto sexual, era considerada y era manejada como un objeto que servía para dar rienda suelta a sus deseos inconfesables. Consideraban el cuerpo de la mujer como un cuerpo incompleto por tener un hueco vacío entre sus piernas y además decían que envidian a los hombres porque querían conseguir su falo. La sexualidad de la mujer la ven como una langosta, es decir, una devoradora de sexo, como una vagina dentada que puede cortar el miembro masculino.

El sexo masculino crea una asociación irónica entre la mujer, la mesa y el sacrificio. El cuerpo femenino sirve como soporte para un gran festín gastronómico. Dichos cuerpos están desprovistos de cualquier tipo de humanidad. El hombre tiene una gran necesidad de consumir el cuerpo femenino. Tenemos como ejemplos las prácticas fetiche masculinas japonesas donde la mujer es utilizada como recipiente: el Nyotaimori y el Wakame Sake.

Se produce una actitud feminista frente al consumo del cuerpo de la mujer y una serie de reivindicaciones en contra de las metáforas antropofágicas. Meret Oppenheim, aboga por una sexualidad no restringida y libre donde puedan disfrutar tanto hombres como mujeres. Eleonor Fini representa a la mujer como una devoradora de hombres en una contraposición con los varones surrealistas. Carolee

Scheneemann con su comida y animales muertos, con cuerpos eróticos y repulsivos a la vez o como Rocio Boliver que entrelaza comida y sexo para buscar un placer.

Otras artistas como Hannah Wilke, Jo Spencer, Frida Kahlo, Matuschka, Kataryna Kozyra, luchan por no ser anuladas por una enfermedad, la convierten en algo muy útil, utilizan su enfermedad como terapia artística.

Se empieza a mostrar el arte feminista en espacios públicos, vallas publicitarias, afiches, carteles, etc. dando a conocer la discriminación que sufre la mujer. Tenemos el caso del colectivo Laperra, que utilizan nuevas tácticas y estrategias cuyo objetivo es conseguir una acción y reacción para promover medidas de cambio. Ana María Olabuenaga en su serie de *Soy totalmente palacio* o Lorena Wolffer con su serie *Soy totalmente de hierro*. Destacaremos también el uso de la tecnología, en este caso del ciberfeminismo, destacando a Cindy Gabriele Flores, donde denuncia la situación de acoso de las mujeres que sufren en el transporte público mexicano.

Actualmente en el siglo XXI, se sigue ejerciendo una violencia por parte de los hombres hacia las mujeres tanto a nivel político, como ideológico como cultural. Se han producido infinidad de denuncias por parte de las mujeres a partir de los años setenta y ochenta siendo el feminicidio el último peldaño de la violencia de género. Destacaremos artistas como Ana Mendieta o Regina José Galindo a través de sus *performances*, la instalación de Faith Wilding, *Rape Scene*, Lorena Wolffer en *Mientras dormíamos* o Teresa Serrano en *La piñata*. Se produce un sentimiento de dolor, angustia y miedo que impregna a las mujeres que han sufrido violencia de género cada día de sus vidas. Se ve reflejado en las obras de las artistas como en la fotografía Nan Goldin.

También ha habido artistas femeninas que ha sufrido en sus propias carnes la violación sexual, como es el caso de Martha Amoroch, que a través de su arte se libera expresando ese sentimiento de dolor y opresión como Ryoko Suzuki.

Otras artistas muestran imágenes extremas en la que está presente el rechazo hacia el cuerpo femenino, debido a que éste está sometido desde su nacimiento a una heterosexualidad obligatoria. Reivindican su lesbianismo frente al modelo patriarcal impuesto en esta sociedad. Ser lesbiana está considerada como traidora a su raza en algunos países como los sudamericanos. Por ejemplo, Claude Cahun es sus *Autorretratos*, juega con el género bajo una identidad poliédrica o Catherine Opie en *Cortante* o Mary Coble en *Ritual de atarse, rutina diaria* u Oreet Ashery en *Autorretrato como Marcus Fisscher* o Tejal Shah en *Trans*.

Pero el arte va más allá de una producción cultural y estética. Es un grito de denuncia hacia cuerpos oprimidos como es el caso de ser mujer chicana en EEUU, además de ser una postura política. Las artistas crean un arte que se resiste a la asimilación y a la explotación sexual y económica. Combate también la estereotipación del significado de ser latino o latina en Estados Unidos y el desarraigo cultural. Tenemos, por ejemplo, Alma López en *Nuestra Señora* o *La Llorona*, también a Yolanda López en *Virgen de Guadalupe* o Lorena Wolffer en *Liposucción* o *Alienación*.

**Maribel Sancho**  
Universidad Jaume I de Castellón